

respondió Sancho, y no se meta en juzgar de los temores ó valentías ajenas, que tan gentil temeroso soy yo de Dios, como cada hijo de vecino; y déjeme vuesa merced despabilar esta espuma, que lo demas todas son palabras ociosas, de que nos han de pedir cuenta en la otra vida: y diciendo esto comenzó de nuevo á dar asalto á su caldero con tan buenos alientos que despertó los de D. Quijote, y sin duda le ayndára si no lo impidiera lo que es fuerza se diga adelante.

CAPITULO XXI.

Bonde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros gustosos sucesos.

Quando estaban D. Quijote y Sancho en las razones referidas en el capítulo antecedente, se oyeron grandes voces y gran ruido, y dábanlas y causábanle los de las yeguas, que con larga carrera y grita iban á recibir á los novios, que rodeados de mil géneros de instrumentos y de invenciones venian acompañados del cura y de la parentela de entrambos, y de toda la gente mas lucida de los lugares circunvecinos, todos vestidos de fiesta. Y como Sancho vió á la novia dijo:

á buena fe que no viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega. Pardiez que segun diviso, que las patenas que habia de traer son ricos corales, y la palmilla verde de Cuenca es terciopelo de treinta pelos; y montas, que la guarnicion es de tiras de lienzo blanco, voto á mi que es de raso. Pues tomadme las manos adornadas con sortijas de azabache; no medre yo si no son anillos de oro y muy de oro; y empedrados con perlas blancas como una cuajada, que cada una debe de valer un ojo de la cara. O hideputa, y que cabellos, que si no son postizos, no los he visto mas luengos ni mas rubios en toda mi vida. No sino ponedla tacha en el brio y en el talle, y no la compareis á una palma que se mueve cargada de racimos de dátiles, que lo mismo parecen los diges que trae pendientes de los cabellos y de la garganta. Juro en mi ánima que ella es una chapada moza, y que puede pasar por los bancos de Flandes. Rióse D. Quijote de las rústicas alabanzas de Sancho Panza: parecióle que fuera de su señora Dulcinea del Toboso no habia visto muger mas hermosa jamas. Venia la hermosa Quiteria algo descolorida, y debía de ser de la mala noche que siempre pasan las novias en componerse para el dia venidero de sus bodas. Ibanse acercando á un teatro que á un lado del prado

estaba, adornado de alfombras y ramos, adonde se habian de hacer los desposorios, y de donde habian de mirar las danzas y las invenciones; y á la sazón que llegaban al puesto oyeron á sus espaldas grandes voces, y una que decia, esperaos un poco, gente tan inconsiderada como presurosa. A cuyas voces y palabras todos volvieron la cabeza, y vieron que las daba un hombre vestido al parecer de un sayo negro gironado de carmesi á llamas. Venia coronado (como se vió luego) con una corona de funesto cipres, en las manos traía un baston grande. En llegando mas cerca fué conocido de todos por el gallardo Basilio, y todos estuvieron suspensos esperando en que habian de parar sus voces y sus palabras, temiendo algun mal suceso de su venida en sazón semejante. Llegó en fin cansado y sin aliento, y puesto delante de los desposados, hincando el baston en el suelo, que tenia el cuento de una punta de acero, mudada la color, puestos los ojos en Quiteria, con voz tremente y ronca estas razones dijo: bien sabes, desconocida Quiteria, que conforme á la santa ley que profesamos, que viviendo yo, tú no puedes tomar esposo; y juntamente no ignoras que por esperar yo que el tiempo y mi diligencia mejorasen los bienes de mi fortuna, no he querido dejar de guardar el decoro que á tu honra

convenia: pero tú, echando á las espaldas todas las obligaciones que debes á mi buen deseo, quieres hacer señor de lo que es mio á otro, cuyas riquezas le sirven no solo de buena fortuna, sino de bonísima ventura: y para que la tenga colmada (y no como yo pienso que la merece, sino como se la quieren dar los cielos), yo por mis manos desharé el inconveniente que puede estorbársela, quitándome á mi de por medio. Viva, viva el rico Camacho con la ingrata Quiteria largos y felices siglos; y muera, muera el pobre Basilio, cuya pobreza cortó las alas de su dicha, y le puso en la sepultura: y diciendo esto asió del baston que tenia hincado en el suelo, y quedándose la mitad dél en la tierra, mostró que servia de vaina á un mediano estoque que en él se ocultaba, y puesta la que se podia llamar empuñadura en el suelo, con ligero desenfado y determinado propósito se arrojó sobre él, y en un punto mostró la punta sangrienta á las espaldas con la mitad de la acerada cuchilla, quedando el triste bañado en su sangre y tendido en el suelo, de sus mismas armas traspasado. Acudieron luego sus amigos á favorecerle, condolidos de su miseria y lastimosa desgracia; y dejando D. Quijote á Rocinante acudió á favorecerle y le tomó en sus brazos, y halló que aun no habia espirado. Quisié-

ronle sacar el estoque; pero el cura, que estaba presente, fué de parecer que no se le sacasen ántes de confesarle, porque el sacársele y el espirar sería todo á un tiempo. Pero volviendo un poco en sí Basilio, con voz doliente y desmayada dijo: si quisieses, cruel Quiteria, darme en este último y forzoso trance la mano de esposa, aun pensaría que mi temeridad tendría disculpa, pues en ella alcancé el bien de ser tuyo. El cura oyendo lo cual le dijo que atendiese á la salud del alma ántes que á los gustos del cuerpo, y que pidiese muy de veras á Dios perdón de sus pecados y de su desesperada determinación. A lo cual replicó Basilio que en ninguna manera se confesaría si primero Quiteria no le daba la mano de ser su esposa, que aquel contento le adobaría la voluntad y le daría aliento para confesarse. En oyendo D. Quijote la petición del herido, en altas voces dijo que Basilio pedía una cosa muy justa y puesta en razón, y además muy hacadera, y que el señor Camacho quedaría tan honrado recibiendo á la señora Quiteria viuda del valeroso Basilio, como si la recibiera del lado de su padre. Aquí no ha de haber más de un sí, que no tenga otro efecto que el pronunciarle, pues el tálamo de estas bodas ha de ser la sepultura. Todo lo oía Camacho, y todo le tenía suspenso y confuso, sin

saber que hacer ni que decir; pero las voces de los amigos de Basilio fueron tantas, pidiéndole que consintiese que Quiteria le diese la mano de esposa, porque su alma no se perdiese partiendo desesperado desta vida, que le movieron y aun forzaron á decir que si Quiteria quería dársela, que él se contentaba, pues todo era dilatar por un momento el cumplimiento de sus deseos. Luego acudieron todos á Quiteria, y unos con ruegos, y otros con lágrimas, y otros con eficaces razones la persuadian que diese la mano al pobre Basilio; y ella más dura que un mármol, y más sesga que una estatua, mostraba que ni sabía ni podía ni quería responder palabra, ni la respondiera si el cura no la dijera que se determinase presto en lo que había de hacer, porque tenía Basilio ya el alma en los dientes, y no daba lugar á esperar irresolutas determinaciones. Entónces la hermosa Quiteria sin responder palabra alguna, turbada al parecer, triste y pesarosa llegó donde Basilio estaba, ya los ojos vueltos, el aliento corto y apresurado, murmurando entre los dientes el nombre de Quiteria, dando muestras de morir como gentil y no como cristiano. Llegó en fin Quiteria, y puesta de rodillas le pidió la mano por señas y no por palabras. Desencajó los ojos Basilio, y mirandola atentamente le dijo: ¡o Qui-

teria, que has venido á ser piadosa á tiempo cuando tu piedad ha de servir de cuchillo que me acabe de quitar la vida, pues ya no tengo fuerzas para llevar la gloria que me das en escogermene por tuyo, ni para suspender el dolor que tan apriesa me va cubriendo los ojos con la espantosa sombra de la muerte! Lo que te suplico es, o fatal estrella mia, que la mano que me pides y quieres darme no sea por cumplimiento ni para engañarme de nuevo, sino que confieses y digas, que sin hacer fuerza á tu voluntad me la entregas y me la das como á tu legítimo esposo; pues no es razon que en trance como este me engañes, ni uses de fingimientos con quien tantas verdades ha tratado contigo. Entre estas razones se desmayaba de modo que todos los presentes pensaban que cada desmayo se habia de llevar el alma consigo. Quiteria, toda honesta y toda vergonzosa, asiendo con su derecha mano la de Basilio, le dijo: ninguna fuerza fuera bastante á torcer mi voluntad; y así con la mas libre que tengo te doy la mano de legitima esposa, y recibo la tuya si es que me la das de tu libre albedrio, sin que la turbe ni contraste la calamidad en que tu discurso acelerado te ha puesto. Si doy, respondió Basilio, no turbado ni confuso, sino con el claro entendimiento que el cielo quiso

darme, y así me doy y me entrego por tu esposo. Y yo por tu esposa, respondió Quiteria, ahora vivas largos años, ahora te lleven de mis brazos á la sepultura. Para estar tan herido este mancebo, dijo á este punto Sancho Panza, mucho habla: háganle que se deje de requiebros, y que atienda á su alma, que á mi parecer mas la tiene en la lengua que en los dientes. Estando pues asiidos de las manos Basilio y Quiteria, el cura tierno y lloroso los echó la bendicion, y pidió al cielo diese buen poso al alma del nuevo desposado; el cual así como recibió la bendicion, con presta ligereza se levantó en pié, y con no vista desenvoltura se sacó el estoque, á quien servia de vaina su cuerpo. Quedaron todos los circunstantes admirados, y algunos dellos, mas simples que curiosos, en altas voces comenzaron á decir: milagro, milagro. Pero Basilio replicó: no milagro, milagro, sino industria, industria. El cura desatentado y atónito acudió con ambas manos á tentar la herida, y halló que la cuchilla habia pasado no por la carne y costillas de Basilio, sino por un cañon hueco de hierro, que lleno de sangre en aquel lugar bien acomodado tenia, preparada la sangre, segun despues se supo, de modo que no se helase. Finalmente el cura y Camacho con todos los mas circunstantes se tuvieron por burla-

dos y escarnidos. La esposa no dió muestras de pesarle de la burla, ántes oyendo decir que aquel casamiento por haber sido engañoso no habia de ser valedero, dijo que ella le confirmaba de nuevo, de lo cual coligieron todos que de consentimiento y sabiduría de los dos se habia trazado aquel caso, de lo que quedó Camacho y sus valedores tan corridos, que remitieron su venganza á las manos, y desenvainando muchas espadas arremetieron á Basilio, en cuyo favor en un instante se desenvainaron casi otras tantas, y tomando la delantera á caballo D. Quijote con la lanza sobre el brazo, y bien cubierto de su escudo, se hacia dar lugar de todos. Sancho, á quien jamas pluguieron ni solazaron semejantes fechorias, se acogió á las tinajas donde habia sacado su agradable espuma, pareciéndole aquel lugar como sagrado, que habia de ser tenido en respeto. D. Quijote á grandes voces decia: teneos, señores, teneos que no es razon tomeis venganza de los agravios que el amor nos hace: y advertid que el amor y la guerra son una misma cosa; y así como en la guerra es cosa lícita y acostumbrada usar de ardid y estratagemas para vencer al enemigo, así en las contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes y marañas que se hacen para conseguir el fin que se desea, como no sean en

menoscabo y deshonra de la cosa amada. Quiteria era de Basilio, y Basilio de Quiteria por justa y favorable disposicion de los cielos. Camacho es rico, y podrá comprar su gusto euando, donde y como quisiere. Basilio no tiene mas desta oveja, y no se la ha de quitar alguno por poderoso que sea, que á los dos que Dios junta no podrá separar el hombre; y el que le intentare, primero ha de pasar por la punta desta lanza: y en esto la blandió tan fuerte y tan diestramente, que puso pavor en todos los que no le conocian; y tan intensamente se fijó en la imaginacion de Camacho el desden de Quiteria, que se la borró de la memoria en un instante, y así tuvieron lugar con él las persuasiones del cura, que era varon prudente y bien intencionado, con las cuales quedó Camacho y los de su parcialidad pacíficos y sosegados: en señal de lo cual volvieron las espadas á sus lugares, culpando mas á la facilidad de Quiteria, que á la industria de Basilio, haciendo discurso Camacho, que si Quiteria queria bien á Basilio doncella, tambien le quisiera casada, y que debia de dar gracias al cielo, mas por habérsela quitado, que por habérsela dado. Consolado pues y pacífico Camacho y los de su mesnada, todos los de la de Basilio se sosegaron; y el rico Camacho, por mostrar que no sentia la burla

ni la estimaba en nada, quiso que las fiestas pasasen adelante como si realmente se desposara; pero no quisieron asistir á ellas Basilio ni su esposa ni secuaces, y así se fueron á la aldea de Basilio: que tambien los pobres virtuosos y discretos tienen quien los siga, honre y ampare, como los ricos tienen quien los lisonjee y acompañe. Lleváronse consigo á D. Quijote, estimándole por hombre de valor y de pelo en pecho. A solo Sancho se le escureció el alma por verse imposibilitado de aguardar la espléndida comida y fiestas de Camacho, que duraron hasta la noche, y así asendereado y triste siguió á su señor, que con la cuadrilla de Basilio iba, y así se dejó atrás las ollas de Egipto, aunque las llevaba en el alma, cuya ya casi consumida y acabada espuma, que en el caldero llevaba, le representaba la gloria y la abundancia del bien que perdía; y así congojado y pensativo, aunque sin hambre, sin apearse del rucio siguió las huellas de Rocinante.

CAPITULO XXII.

Donde se da cuenta de la grande aventura de la cuera de Montesiuos, que está en el corazon de la Mancha, á quien dió felice cima el valeroso D. Quijote de la Mancha.

Grandes fueron y muchos los regalos que los desposados hicieron á D. Quijote obligados de las muestras que habia dado defendiendo su causa, y al par de la valentia le graduaron la discrecion, teniéndole por un Cid en las armas y por un Ciceron en la elocuencia. El buen Sancho se refociló tres dias á costa de los novios, de los cuales se supo que no fué traza comunicada con la hermosa Quiteria el herirse fingidamente, sino industria de Basilio, esperando della el mismo suceso que se habia visto: bien es verdad que confesó que habia dado parte de su pensamiento á algunos de sus amigos para que al tiempo necesario favoreciesen su intencion y abonasen su engaño. No se pueden ni deben llamar engaños, dijo D. Quijote, los que ponen la mira en virtuosos fines, y que el de casarse los enamorados era el fin de mas escelencia, advirtiendo que el mayor contrario que el amor tiene es la hambre

y la continua necesidad; porque el amor es todo alegría, regocijo y contento, y mas cuando el amante está en posesion de la cosa amada, contra quien son enemigos opuestos y declarados la necesidad y la pobreza; y que todo esto decia con intencion de que se dejase el señor Basilio de ejercitar las habilidades que sabe, que aunque le daban fama no le daban dineros, y que atendiese á grangear hacienda por medios licitos é industriosos, que nunca faltan á los prudentes y aplicados. El pobre honrado (si es que puede ser honrado el pobre) tiene prenda en tener muger hermosa, que cuando se la quitan le quitan la honra y se la matan. La muger hermosa y honrada, cuyo marido es pobre, merece ser coronada con laureles y palmas de vencimiento y triunfo. La hermosura por sí sola atrae las voluntades de cuantos la miran y conocen, y como á señuelo gustoso se le abaten las águilas reales y los pájaros altaneros; pero si á la tal hermosura se le junta la necesidad y estrechez, tambien la embisten los cuervos, los milanos y las otras aves de rapiña, y la que está á tantos encuentros firme bien merece llamarse corona de su marido. Mirad, discreto Basilio, añadió D. Quijote, opinion fué de no sé que sabio, que no habia en todo el mundo sino una sola muger buena, y daba

por consejo que cada uno pensase y creyese que aquella sola buena era la suya, y así viviria contento. Y no soy casado, ni hasta ahora me ha venido en pensamiento serlo, y con todo esto me atreveria á dar consejo al que me lo pidiese, del modo que habia de buscar la muger con quien se quisiese casar. Lo primero le aconsejaria que mirase mas á la fama que á la hacienda, porque la buena muger no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerlo: que mucho mas dañan á las honras de las mugeres las desenvolturas y libertades públicas, que las maldades secretas. Si traes buena muger á tu casa, fácil cosa seria conservarla y aun mejorarla en aquella bondad; pero si la traes mala, en trabajo te pondrá el enmendarla, que no es muy hacedero pasar de un extremo á otro. Yo no digo que sea imposible, pero téngolo por dificultoso. Oía todo esto Sancho y dijo entre sí: este mi amo, cuando yo hablo cosas de meollo y de sustancia suele decir que podria yo tomar un púlpito en las manos, y irmé por ese mundo adelante predicando lindezas; y yo digo del que cuando comienza á enhilar sentencias y á dar consejos, no solo puede tomar un púlpito en las manos, sino dos en cada dedo, y andarse por esas plazas á que quieres boca. Válate el diablo por caballero an-

dante, que tantas cosas sabes: yo pensaba en mi ánima que solo podía saber aquello que tocaba á sus caballerías; pero no hay cosa donde no pique y deje de meter su cucharada. Murmuraba esto algo Sancho, y entreoyóle su señor, y preguntóle: ¿qué murmuras, Sancho? No digo nada ni murmuro de nada, respondió Sancho; solo estaba diciendo entre mí que quisiera haber oído lo que vuesa merced aquí ha dicho antes que me casara, que quizá dijera yo ahora el buey suelto bien se lame. ¿Tan mala es tu Teresa, Sancho? dijo D. Quijote. No es muy mala, respondió Sancho; pero no es muy buena, á lo ménos no es tan buena como yo quisiera. Mal haces, Sancho, dijo D. Quijote, en decir mal de tu muger, que en efecto es madre de tus hijos. No nos debemos nada, respondió Sancho, que tambien ella dice mal de mí cuando se le antoja, especialmente cuando está zelosa, que entonces súfrala el mismo Satanas. Finalmente tres días estuviéron con los novios, donde fueron regalados y servidos como cuerpos de rey. Pidió Don Quijote al diestro licenciado le diese una guía que le encaminase á la cueva de Montesinos, porque tenia gran deseo de entrar en ella, y ver á ojos vistas si eran verdaderas las maravillas que de ella se decian por todos aquellos contornos. El licenciado

le dijo que le daría á un primo suyo, famoso estudiante y muy aficionado á leer libros de caballerías, el cual con mucha voluntad le pondría á la boca de la misma cueva, y le enseñaría las lagunas de Ruidera, famosas ansimismo en toda la Mancha y aun en toda España: y dijole que llevaría con él gustoso entretenimiento, á causa que era mozo que sabia hacer libros para imprimir y para dirigirlos á príncipes. Finalmente el primo vino con una pollina preñada, cuya albarda cubria un gayado tapete ó arpillera. Ensiló Sancho á Rocinante y aderezó al rucio, proveyó sus alforjas, á las cuales acompañaron las del primo ansimismo bien proveidas, y encomendándose á Dios y despidiéndose de todos, se pusieron en camino tomando la derrota de la famosa cueva de Montesinos. En el camino preguntó Don Quijote al primo, de que género y calidad eran sus ejercicios, su profesion y estudios. A lo que él respondió, que su profesion era ser humanista, sus ejercicios y estudios componer libros para dar á la estampa, todos de gran provecho y no ménos entretenimiento para la república: que el uno se intitulaba *el de las Libreas*, donde pinta setecientas y tres libreas con sus colores, motes y cifras, de donde podian sacar y tomar las que quisiesen en tiempo de fiestas y regocijos los caballeros

cortezanos, sin andarlas mendigando de nadie, ni lambicando, como dicen, el cerbelo por sacarlas conformes á sus deseos é intenciones: porque doy al zeloso, al desdénado, al olvidado y al ausente las que les convienen, que les vendrán mas justas que pecadoras. Otro libro tengo tambien, á quien he de llamar *metamorfóseos*, ó *Ovidio español*, de invencion nueva y rara; porque en él, imitando á Ovidio á lo burlesco, pinto quien fué la Giralda de Sevilla y el ángel de la Madalena, quien el caño de Vecinguerra de Córdoba, quienes los toros de Guisando, la sierra Morena, las fuentes de Leganitos y Lavapiés en Madrid, no olvidándome de la del Piojo, de la del Caño dorado y de la Priora; y esto con sus alegorias, metáforas y traslaciones, de modo que alegran, suspenden y enseñan á un mismo punto. Otro libro tengo, que le llamo *Suplemento á Virgilio Polidoro*, que trata de la invencion de las cosas, que es de grande erudicion y estudio, á causa que las cosas que se dejó de decir Polidoro de gran sustancia, las averiguo yo, y las declaro por gentil estilo. Olvidósele á Virgilio de declararnos quien fué el primero que tuvo catarro en el mundo, y el primero que tomó las uncciones para curarse del morbo gálico, y yo lo declaro al pié de la letra, y lo autorizo con mas de veinte y cinco au-

tores, porque vea vuesa merced si he trabajado bien, y si ha de ser útil el tal libro á todo el mundo. Sancho, que habia estado muy atento á la narracion del primo, le dijo: dígame, señor, así Dios le dé buena manderecha en la impresion de sus libros, sabriame decir, que si sabrá, pues todo lo sabe, ¿quien fué el primero que se rascó en la cabeza? que yo para mí tengo que debió de ser nuestro padre Adan. Si seria, respondió el primo, porque Adan no hay duda sino que tuvo cabeza y cabellos; y siendo esto así, y siendo el primer hombre del mundo, alguna vez se rascaria. Así lo creo yo, respondió Sancho; pero dígame ahora, ¿quien fué el primer volteador del mundo? En verdad, hermano, respondió el primo, que no me sabré determinar por ahora hasta que lo estudie; yo lo estudiaré en volviendo adonde tengo mis libros, y yo os satisfaré cuando otra vez nos veamos, que no ha de ser esta la postrera. Pues mire, señor, replicó Sancho, no tome trabajo en esto, que ahora he caido en la cuenta de lo que le he preguntado: sepa, que el primer volteador del mundo fué Lucifer cuando le echaron ó arrojaron del cielo, que vino volteando hasta los abismos. Tienes razon, amigo, dijo el primo; y dijo Don Quijote: esa pregunta y respuesta no es tu-

ya, Sancho; á alguno las has oído decir. Callé, señor, replicó Sancho, que á buena fe que si me doy á preguntar y á responder, que no acabe de aquí á mañana. Sí, que para preguntar necesidades y responder disparates no he menester yo andar buscando ayuda de vecinos. Mas has dicho, Sancho, de lo que sabes, dijo D. Quijote, que hay algunos que se cansan en saber y averiguar cosas que despues de sabidas y averiguadas no importan un ardite al entendimiento ni á la memoria. En estas y otras gustosas pláticas se les pasó aquel dia, y á la noche se albergaron en una pequeña aldea, adonde el primo dijo á D. Quijote, que desde allí á la cueva de Montesinos no habia mas de dos leguas, y que si llevaba determinado de entrar en ella era menester proveerse de sogas para atarse y descolgarse en su profundidad. D. Quijote dijo, que aunque llegase al abismo habia de ver donde paraba, y así compraron casi cien brazas de sogas, y otro dia á las dos de la tarde llegaron á la cueva, cuya boca es espaciosa y ancha, pero llena de cambroneras y cabrahigos, de zarzas y malezas, tan espesas y intrincadas, que de todo en todo la ciegan y encubren. En viéndola se apearon el primo, Sancho y D. Quijote, al cual los dos le ataron luego fortísimamente con las sogas, y en tanto que le fajaban

y ceñian le dijo Sancho: mire vuesa merced, señor mio, lo que hace, no se quiera sepultar en vida, ni se ponga adonde parezca frasco que le ponen á enfriar en algun pozo: sí, que á vuesa merced no le toca ni atañe ser el escudriñador desta que debe de ser peor que mazmorra. Ata y calla, respondió D. Quijote, que tal empresa como aquesta, Sancho amigo, para mi estaba guardada. Y entónces dijo la guía: suplico á vuesa merced, señor D. Quijote, que mire bien y especule con cien ojos lo que hay allá dentro, quizá habrá cosas que las ponga yo en el libro de mis trasformaciones. En manos está el pandero que le sabrán bien tañer, respondió Sancho Panza. Dicho esto y acabada la ligadura de D. Quijote (que no fué sobre el arnes, sino sobre el jubon de armar) dijo D. Quijote: inadvertidos hemos andado en no habernos proveído de algun esquilon pequeño, que fuera atado junto á mí en esta misma sogas, con cuyo sonido se entendiera que todavía bajaba y estaba vivo; pero pues ya no es posible, á la mano de Dios que me guie, y luego se hincó de rodillas y hizo una oracion en voz baja al cielo pidiendo á Dios le ayudase y le diese buen suceso en aquella al parecer peligrosa y nueva aventura, y en voz alta dijo luego: o señora de mis acciones y movimientos, clarísima y

sin par Duleinea del Toboso, si es posible que lleguen á tus oídos las plegarias y rogaciones deste tu venturoso amante, por tu inaudita belleza te ruego las escuches, que no son otras que rogarte no me niegues tu favor y amparo ahora que tanto le he menester. Yo voy á despeñarme, á empozarme y á hundirme en el abismo que aquí se me representa, solo porque conozca el mundo que si tú me favoreces no habrá imposible á quien yo no acometa y acabe: y en diciendo esto se acercó á la sima, vió no ser posible descogarse ni hacer lugar á la entrada si no era á fuerza de brazos ó á cuchilladas, y así poniendo mano á la espada comenzó á derribar y á cortar de aquellas malezas que á la boca de la cueva estaban, por cuyo ruido y estruendo salieron por ella una infinidad de grandísimos cuervos y grajos, tan espesos y con tanta priesa que dieron con D. Quijote en el suelo: y si él fuera tan agorero como católico cristiano, lo tuviera á mala señal, y escusara de encerrarse en lugar semejante. Finalmente se levantó, y viendo que no salían mas cuervos ni otras aves noturnas, como fueron murciélagos, que asimismo entre los cuervos salieron, dándole sogá el primo y Sancho le dejaron calar al fondo de la caverna espantosa: y al entrar, echándole Sancho su bendición y hacien-

do sobre él mil cruces, dijo: Dios te guíe y la Peña de Francia junto con la trinidad de Gaeta, flor, nata y espuma de los caballeros andantes. Allá vas, valenton del mundo, corazon de acero, brazos de bronce: Dios te guíe otra vez, y te vuelva libre, sano y sin cautela á la luz desta vida que dejas por enterrarte en esta escuridad que buscas. Casi las mismas plegarias y deprecaciones hizo el primo. Iba D. Quijote dando voces que le diesen sogá y mas sogá, y ellos se la daban poco á poco; y cuando las voces, que acanaladas por la cueva salían, dejaron de oírse, ya ellos tenían descogadas las cien brazas de sogá. Fueron de parecer de volver á subir á D. Quijote, pues no le podían dar mas cuerda: con todo eso se detuvieron como media hora, al cabo del cual espacio volvieron á recoger la sogá con mucha facilidad y sin peso alguno, señal qué les hizo imaginar que D. Quijote se quedaba dentro, y creyéndolo así Sancho, lloraba amargamente y tiraba con mucha priesa por desengañarse; pero llegando á su parecer á poco mas de las ochenta brazas sintieron peso, de que en estremo se alegraron. Finalmente á las diez vieron distintamente á D. Quijote, á quien dió voces Sancho diciéndole: sea vuesa merced muy bien vuelto, señor mio, que ya pensábamos que se quedaba allá pa-

ra casta; pero no respondia palabra D. Quijote, y sacándote del todo vieron que traía cerrados los ojos con muestras de estar dormido. Tendieronle en el suelo y desliáronle, y con todo esto no despertaba. Pero tanto le volvieron y revolviéron, sacudieron y menearon, que al cabo de un buen espacio volvió en sí, despezándose bien como si de algun grave y profundo sueño despertara, y mirando á una y á otra parte como espantado, dijo: Dios os lo perdone, amigos, que me habeis quitado de la mas sabrosa y agradable vida y vista que ningun humano ha visto ni pasado. En efecto, ahora acabo de conocer que todos los contentos desta vida pasan como sombra y sueño, ó se marchitan como la flor del campo. ¡ O desdichado Montesinos! ¡ O mal ferido Durandarte! ¡ O sin ventura Belerma! ¡ O lloroso Guadiana, y vosotras sin dicha hijas de Ruidera, que mostrais en vuestras aguas las que lloraron vuestros hermosos ojos! Con grande atencion escuchaban el primo y Sancho las palabras de D. Quijote, que las decia como si con dolor inmenso las sacara de las entrañas. Supplicáronle les diese á entender lo que decia, y les dijese lo que en aquel infierno habia visto. ¿ Infierno le llamais, dijo D. Quijote; pues no le llameis así, porque no le merece, como luego vereis. Pidió que le die-

sen algo de comer, que traía grandísima hambre. Tendieron la arpillera del primo sobre la verde yerba, acudieron á la despensa de sus alforjas, y sentados todos tres en buen amor y compañía, merendaron y cenaron todo junto. Levantada la arpillera dijo D. Quijote de la Mancha: no se levante nadie, y estadme, hijos, todos atentos.

CAPITULO XXIII.

De las admirables cosas que el estremado D. Quijote contó que habia visto en la profunda cueva de Montesinos cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apócrifa.

Las cuatro de la tarde serian cuando el sol entre nubes cubierto, con luz escasa y templados rayos dió lugar á D. Quijote para que sin calor y pesadumbre contase á sus dos clarísimos oyentes lo que en la cueva de Montesinos habia visto, y comenzó en el modo siguiente.

A obra de doce ó catorce estados de la profundidad desta mazmorra, á la derecha mano se hace una concavidad y espacio capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas. Entrale una pequeña luz por unos resquicios ó agujeros, que lejos le responden, abiertos en la superficie

de la tierra. Esta concavidad y espacio ví yo, á tiempo euando ya iba cansado y mohino de verme pendiente y colgado de la sogá caminar por aquella oscura region abajo sin llevar cierto ni determinado camino, y así determiné entrarme en ella y descansar un poco. Di voces pidiéndoos que no descolgádes mas sogá hasta que yo os lo dijese; pero no debistes de oirme. Fui recogiendo la sogá que enviábades, y haciendo della una rosca ó rímero me senté sobre él pensativo ademas, considerando lo que hacer debia para calar al fondo, no teniendo quien me sustentase; y estando en este pensamiento y confusion, de repente y sin procurarlo me salté un sueño profundísimo, y cuando ménos lo pensaba, sin saber como ni como no, desperté dél y me hallé en la mitad del mas bello, ameno y deleitoso prado que puede criar la naturaleza, ni imaginar la mas discreta imaginacion humana. Despabilé los ojos, limpiémos, y ví que no dormia, sino que realmente estaba despierto. Con todo esto me tenté la cabeza y los pechos por certificarme si era yo mismo el que allí estaba, ó alguna fantasma vana y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados que entre mí hacia me certificaron que yo era allí entónces el que soy aquí ahora. Ofrecióseme luego á la vista

un real y suntuoso palacio ó alcázar, cuyos muros y paredes parecian de transparente y claro cristal fabricados, del cual abriéndose dos grandes puertas ví que por ellas salia y hácia mí se venia un venerable anciano vestido con un capuz de bayeta morada, que por el suelo le arrastraba: ceñiale los hombros y los pechos una beca de colegial de razo verde: cubriale la cabeza una gorra milanesa negra, y la barba canísima le pasaba de la cintura; no traía arma ninguna, sino un rosario de cuentas en la mano mayores que medianas nueces, y los diezes asimismo como huevos medianos de avestruz: el continente, el paso, la gravedad y la anchísima presencia, cada cosa de por sí todas juntas me suspendieron y admiraron. Llegóse á mí, y lo primero que hizo fué abrazarme estrechamente, y luego decirme: luengos tiempos ha, valeroso caballero D. Quijote de la Mancha, que los que estamos en estas soledados encantados esperamos verte para que des noticia al mundo de lo que encierra y cubre la profunda cueva por donde has entrado, llamada la cueva de Montesinos: hazaña solo guardada para ser acometida de tu invencible corazon y de tu ánimo estupendo. Ven conmigo, señor clarísimo, que te quiero mostrar las maravillas que este trasparente alcázar solapa, de quien yo soy alcaide

y guarda mayor perpetuo, porque soy el mismo Montesinos, de quien la cueva toma nombre. Apenas me dijo que era Montesinos, cuando le pregunté si fué verdad lo que en el mundo de acá arriba se contaba, que él habia sacado de la mitad del pecho con una pequeña daga el corazon de su grande amigo Durandarte, y llevádole á la señora Belerma, como él se lo mandó al punto de su muerte. Respondíome que en todo decian verdad sino en la daga, porque no fué daga ni pequeña, sino un puñal buido mas agudo que una lezna. Debía de ser, dijo á este punto Sancho. el tal puñal de Ramon de Hoces el Sevillano. No sé, prosiguió D. Quijote; pero no sería dese puñalero, porque Ramon de Hoces fué ayer, y lo de Roncesvalles, donde aconteció esta desgracia, ha muchos años; y esta averiguacion no es de importancia, ni turba ni altera la verdad y contesto de la historia. Así es, respondió el primo: prosigua vuesa merced, señor D. Quijote, que le escucho con el mayor gusto del mundo. No con menor lo cuento yo, respondió D. Quijote, y así digo que el venerable Montesinos me metió en el cristalino palacio, donde en una sala baja, fresquísima sobre modo y toda de alabastro, estaba un sepulcro de mármol con gran maestría fabricado, sobre el qual vi á un caballero tendido de largo á largo,

no de bronce ni de mármol, ni de jaspero hecho, como los suele haber en otros sepulcros, sino de pura carne y de puros huesos. Tenia la mano derecha (que á mi parecer es algo peluda y nervosa, señal de tener muchas fuerzas su dueño) puesta sobre el lado del corazon, y ántes que preguntase nada á Montesinos, viéndome suspenso, mirando al del sepulcro, me dijo: este es mi amigo Durandarte, flor y espejo de los caballeros enamorados y valientes de su tiempo; tiénele aquí encantado como me tiene á mí y á otros muchos y muchas Merlin, aquel frances encantador, que dicen que fué hijo del diablo; y lo que yo creo es que no fué hijo del diablo, sino que supo, como dicen, un punto mas que el diablo. El como ó para que nos encantó, nadie lo sabe, y ello dirá andando los tiempos, que no estan muy léjos segun imagino. Lo que á mí me admira es, que sé tan cierto como ahora es de día, que Durandarte acabó los de su vida en mis brazos, y que despues de muerto le saqué el corazon con mis propias manos; y en verdad que debía de pesar dos libras, porque segun los naturales, el que tiene mayor corazon es dotado de mayor valentía del que le tiene pequeño. Pues siendo esto así, y que realmente murió este caballero, ¿como ahora se queja y suspira de cuando en cuando como si es-

tuviese vivo? Esto dicho, el misero Durandarte dando una gran voz dijo :

O mi primo Montesinos,
Lo postrero que os rogaba,
Que cuando yo fuere muerto,
Y mi anima arrancada,
Que lleveis mi corazon
adonde Belerma estaba,
Sacándomele del pecho,
Ya con puñal, ya con daga.

Oyendo lo cual el venerable Montesinos se puso de rodillas ante el lastimado caballero, y con lágrimas en los ojos le dijo : ya, señor Durandarte, carísimo primo mio, ya hice lo que me mandastes en el aciago dia de nuestra pérdida; yo os saqué el corazon lo mejor que pude, sin que os dejase una minima parte en el pecho, yo le limpié con un pañuelo de puntas, yo parti con el de carrera para Francia, habiéndoos primero puesto en el seno de la tierra con tantas lágrimas, que fueron bastantes á lavarme las manos y limpiarme con ellas la sangre que tenian de haberos andado en las entrañas; y por mas señas, primo de mi alma, en el primero lugar que topé saliendo de Roncesvalles eché un poco de sal en vuestro corazon, porque no oliese mal, y fuese, si no fres-

co, á lo ménos amojamado á la presencia de la señora Belerma, la cual con vos y conmigo y con Guadiana vuestro escudero, y con la dueña Ruidera y sus siete hijas y dos sobrinas, y con otros muchos de vuestros conocidos y amigos nos tiene aquí encantados el sabio Merlin ha muchos años, y aunque pasan de quinientos no se ha muerto ninguno de nosotros, solamente falta Ruidera y sus hijas y sus sobrinas, las cuales llorando por compasion que debió de tener Merlin dellas las convirtió en otras tantas lagunas, que ahora en el mundo de los vivos y en la provincia de la Mancha las llaman las lagunas de Ruidera; las siete son de los reyes de España, y las dos sobrinas de los caballeros de una orden santísima, que llaman de S. Juan. Guadiana vuestro escudero plañendo asimesmo vuestra desgracia fué convertido en un rio llamado de su mesmo nombre, el cual cuando llegó á la superficie de la tierra y vió el sol del otro cielo, fué tanto el pesar que sintió de ver que os dejaba, que se sumergió en las entrañas de la tierra; pero como no es posible dejar de acudir á su natural corriente, de cuando en cuando sale y se muestra donde el sol y las gentes le vean. Vanle administrando de sus aguas las referidas lagunas, con las cuales y con otras muchas que se llegan entra pomposo y grande en

Portugal. Pero con todo esto por donde quiera que va muestra su tristeza y melancolia, y no se precia de criar en sus aguas peces regalados y de estima, sino burdos y desabridos, bien diferentes de los del Tajo dorado: y esto que agora os digo, o primo mio, os lo he dicho muchas veces, y como no me respondeis imagino que no me dais crédito ó no me ois, de lo que yo recibo tanta pena cual Dios lo sabe. Unas nuevas os quiero dar ahora, las cuales ya que no sirvan de alivio á vuestro dolor, no os le aumentarán en ninguna manera. Sabed que tenéis aquí en vuestra presencia (y abrid los ojos y vereislo) aquel gran caballero de quien tantas cosas tiene profetizadas el sabio Merlin, aquel D. Quijote de la Mancha digo, que de nuevo y con mayores ventajas que los pasados siglos ha resuscitado en los presentes la ya olvidada andante caballería, por cuyo mérito y favor podria ser que nosotros fuésemos desencantados, que las grandes hazañas para los grandes hombres estan guardadas. Y cuando así no sea, respondió el lastimado Durandarte con voz desmayada y baja, cuando así no sea, o primo, digo, paciencia y barajar; y volviéndose de lado tornó á su acostumbrado silencio sin hablar mas palabra. Oyéronse en esto grandes alaridos y llantos acompañados de profundos gemidos y

angustiados sollozos. Volvi la cabeza, y vi por las paredes de cristal, que por otra sala pasaba una procesion de dos hileras de hermosísimas doncellas todas vestidas de luto con turbantes blancos sobre las cabezas al modo turquesco. Al cabo y fin de las hileras venia una señora, que en la gravedad lo parecia, asimismo vestida de negro, con tocas blancas tan tendidas y largas que besaban la tierra. Su turbante era mayor dos veces que el mayor de alguna de las otras: era cejjunta, la nariz algo chata, la boca grande, pero colorados los labios: los dientes, que tal vez los descubria, mostraban ser ralos y no bien puestos, aunque eran blancos como unas peladas almendras: traía en las manos un lienzo delgado, y entre él, á lo que pude divisar, un corazon de carne mo-mia, segun venia seco y amojamado. Dijo me Montesinos, como toda aquella gente de la procesion eran sirvientes de Durandarte y de Belerma, que allí con sus dos señores estaban encantados, y que la última, que traía el corazon entre el lienzo y en las manos, era la señora Belerma la cual con sus doncellas cuatro dias en la semana hacian aquella procesion y cantaban, ó por mejor decir lloraban endechas sobre el cuerpo y sobre el lastimado corazon de su primo: y que si me habia parecido algo fea, ó no tan hermosa como

tenia la fama, era la causa las malas noches y peores dias que en aquel encantamento pasaba, como lo podia ver en sus grandes ojeras y en su color quebradiza; y no toma ocasion su amarillez y sus ojeras de estar con el mal mensil, ordinario en las mugeres, porque ha muchos meses y aun años que no le tiene ni asoma por sus puertas; sino del dolor que siente su corazon por el que de continuo tiene en las manos, que le renueva y trae á la memoria la desgracia de su mal logrado amante: que si esto no fuera, apenas la igualara en hermosura, donaire y brio la gran Dulcinea del Toboso, tan celebrada en todos estos contornos y aun en todo el mundo. Cepos quedos, dije yo entónces, señor D. Montesinos: cuente vuesa merced su historia como debe, que ya sabe que toda comparacion es odiosa, y así no hay para que comparar á nadie con nadie: la sin par Dulcinea del Toboso es quien es, y la señora Doña Belerma es quien es y quien ha sido, y quédese aquí. A lo que él me respondió: señor D. Quijote, perdoneme vuesa merced, que yo confieso que anduve mal, y no dije bien en decir que apenas igualara la señora Dulcinea á la señora Belerma, pues me bastaba á mi haber entendido, por no sé que barruntos, que vuesa merced es su caballero, para que me mordiera la lengua ántes

de compararla sino con el mismo cielo. Con esta satisfaccion que me dió el gran Montesinos se quietó mi corazon del sobresalto que recibí en oír que á mi señora la comparaban con Belerma. Y aun me marafillo yo, dijo Sancho, de como vuesa merced no se subió sobre el vejete, y le mollió á cozes todos los huesos, y le peló las barbas sin dejarle pelo en ellas. No, Sancho amigo, respondió D. Quijote, no me estaba á mi bien hacer eso, porque estamos todos obligados á tener respeto á los ancianos aunque no sean caballeros, y principalmente á los que lo son y estan encantados: yo sé bien que no nos quedamos á deber nada en otras muchas demandas y respuestas que entre los dos pasamos. A esta sazón dijo el primo: yo no sé, señor D. Quijote, como vuesa merced en tan poco espacio de tiempo como ha que está allá bajo haya visto tantas cosas y hablado y respondido tanto. ¿Cuanto ha que bajé? preguntó D. Quijote. Poco mas de una hora, respondió Sancho. Eso no puede ser, replicó D. Quijote, porque allá me ano checió y amaneció, y tornó á anoecer y á amanecer tres veces, de modo que á mi cuenta tres dias he estado en aquellas partes remotas y escondidas á la vista nuestra. Verdad debe de decir mi señor, dijo Sancho, que como todas las cosas que le han sucedido son

por encantamiento, quizá lo que á nosotros nos parece una hora debe de parecer allá tres dias con sus noches. Así será, respondió D. Quijote. ¿Y ha comido vuesa merced en todo este tiempo, señor mio? preguntó el primo. No me he desayunado de bocado, respondió D. Quijote, ni aun he tenido hambre ni por pensamiento. ¿Y los encantados comen? dijo el primo. No comen, respondió D. Quijote, ni tienen excrementos mayores, aunque es opinion que les crecen las uñas, las barbas y los cabellos. ¿Y duermen por ventura los encantados, señor? preguntó Sancho. No por cierto, respondió D. Quijote, á lo ménos en estos tres dias que yo he estado con ellos ninguno ha pegado el ojo ni yo tampoco. Aquí encaja bien el refran, dijo Sancho, de dime con quien andas, decirte he quien eres: ándase vuesa merced con encantados ayunos y vigilantes; mirad si es mucho que ni coma ni duerma mientras con ellos anduviere; pero perdóneme vuesa merced, señor mio, si le digo que de todo cuanto aquí ha dicho, lléveme Dios, que iba á decir el diablo, si le creo cosa alguna. ¿Como no? dijo el primo, ¿pues habia de mentir el señor D. Quijote, que aunque quisiera no ha tenido lugar para componer é imaginar tanto millon de mentiras? Yo no creo que mi señor miente, respondió

Sancho. Si nó ¿qué crees? le preguntó D. Quijote. Creo, respondió Sancho, que aquel Merlin, ó aquellos encantadores que encantaron á toda la chusma que vuesa merced dice que ha visto y comunicado allá bajo, le encajaron en el magin ó la memoria toda esa máquina que nos ha contado, y todo aquello que por contar le queda. Todo eso pudiera ser, Sancho, replicó D. Quijote; pero no es así, porque lo que he contado lo ví por mis propios ojos y lo toqué con mis mismas manos. Pero ¿qué dirás cuando le diga yo ahora como entre otras infinitas cosas y maravillas que me mostró Montesinos (las cuales despacio y á sus tiempos te las iré contando en el discurso de nuestro viage, por no ser todas deste lugar) me mostró tres labradoras que por aquellos amenísimos campos iban saltando y brincando como cabras, y apenas las hube visto cuando conocí ser la una la sin par Dulcinea del Toboso, y las otras dos aquellas mismas labradoras que venian con ella, que hablamos a la salida del Toboso? Pregunté á Montesinos si las conocia: respondiome que no; pero que el imaginaba que debian de ser algunas señoras principales encantadas, que pocos dias habia que en aquellos prados habian parecido; y que no me maravillase desto, porque allí estaban otras muchas señoras de los pasados

y presentes siglos encantadas en diferentes y estrañas figuras, entre las cuales conocia él á la reina Ginebra y su dueña Quintañona escanciando el vino á Lanzarote cuando de Bretaña vino. Cuando Sancho Panza oyó decir esto á su amo pensó perder el juicio ó morir de risa, que como él sabia la verdad del fingido encanto de Dulcinea, de quien él habia sido el encantador y el levantador de tal testimonio, acabó de conocer indubitavelmente que su señor estaba fuera de juicio y loco de todo punto, y así le dijo: en mala coyuntura y en peor sazón y en aciago día bajó vuesa merced, caro patron mio, al otro mundo, y en mal punto se encontró con el señor Montesinos, que tal nos le ha vuelto. Bien se estaba vuesa merced acá arriba con su entero juicio, tal cual Dios se le habia dado, hablando sentencias y dando consejos á cada paso, y no ahora contando los mayores disparates que pueden imaginarse. Como te conozco, Sancho, respondió Don Quijote, no hago caso de tus palabras. Ni yo tampoco de las de vuesa merced, replicó Sancho, siquiera me hiera, siquiera me mate por las que le he dicho ó por las que le pienso decir, si en las tuyas no se corrige y enmienda. Pero dígame vuesa merced ahora que estamos en paz, ¿como ó en qué conoció á la señora nuestra ama? y si la

habló ¿qué dijo, y qué le respondió? Conocila, respondió D. Quijote, en que trae los mismos vestidos que traía cuando tú me la mostraste. Háblela, pero no me respondió palabra, ántes me volvió las espaldas, y se fué huyendo con tanta prisa que no la alcanzara una jara. Quise seguirla, y lo hiciera si no me aconsejara Montesinos que no me causase en ello, porque sería en balde, y mas porque se llagaba la hora donde me convenia volver á salir de la sima. Díjome asimismo que andando el tiempo se me daría aviso como habian de ser desencantados él y Belerma y Durandarte con todos los que allí estaban; pero lo que mas pena me dió de las que allí vi y noté, fué que estandome diciendo Montesinos estas razones se llegó á mí por un lado, sin que yo la viesse venir, una de las dos compañeras de la sin ventura Dulcinea, y llenos los ojos de lágrimas con turbada y baja voz me dijo: mi señora Dulcinea del Toboso besa á vuesa merced las manos, y suplica á vuesa merced se la haga de hacerla saber como está, y que por estar en una gran necesidad asimismo suplica á vuesa merced cuan encarecidamente puede, sea servido de prestarle sobre este faldellín, que aquí traigo de colonia nuevo, media docena de reales, ó los que vuesa merced tuviere, que ella da su palabra de volvérselos con mucha

brevedad. Suspendiome y admirome el tal recaudo, y volviéndome al señor Montesinos le pregunté: ¿es posible, señor Montesinos, que los encantados principales padecen necesidad? A lo que él me respondió: cráme vuesa merced, señor D. Quijote de la Mancha, que esta que llaman necesidad adonde quiera se usa y por todo se estiende y á todos alcanza, y aun hasta los encantados no perdona: y pues la señora Dulcinea del Toboso envia á pedir esos seis reales, y la prenda es buena segun parece, no hay sino dárselos, que sin duda debe de estar puesta en algun grande aprieto. Prenda no la tomaré yo, le respondi, ni ménos le daré lo que pide, porque no tengo sino solos cuatro reales, los cuales le di (que fueron los que tú, Sancho, me diste el otro día para dar limosna á los pobres que topase por los caminos) y le dije: decid, amiga mia, á vuesa señora, que á mí me pesa en el alma de sus trabajos, y que quisiera ser un Fúcar para remediarlos, y que le hago saber que yo no puedo ni debo tener salud careciendo de su agradable vista y discreta conversacion y que le suplico cuan encarecidamente puedo sea servida su merced dejarse ver y tratar deste su cautivo servidor y asendereado caballero. Direisle tambien que cuando ménos se lo piense oirá decir como yo he hecho un juramento y voto,

a modo de aquel que hizo el marques de Mantua, de vengar á su sobrino Baldovinos, cuando le halló para espirar en mitad de la montaña, que fué de no comer pan á manteles, con las otras zarandajas que allí añadió, hasta vengarle; y así le haré yo de no sosegar y de andar las siete partidas del mundo, con mas puntualidad que las anduvo el infante D. Pedro de Portugal, hasta desencantarla. Todo eso y mas debe vuesa merced á mi señora, me respondió la doncella, y tomando los cuatro reales, en lugar de hacerme una reverencia hizo una cabriola que se levantó dos varas de medir en el aire. ¡O santo Dios! dijo á este tiempo dando una gran voz Sancho: ¡es posible que tal hay en el mundo, y que tengan en él tanta fuerza los encantadores y encantamientos, que hayan trocado el buen juicio de mi señor en una tan disparatada locura! O señor, señor, por quien Dios es que vuesa merced mire por sí y vuelva por su honra, y no dé crédito á esas vanidades, que le tienen menguado y desacabado el sentido. Como me quieres bien, Sancho, hablas desa manera, dijo D. Quijote; y como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad te parecen imposibles; pero andará el tiempo, como otra vez he dicho, y yo te contaré algunas de las que allá

abajo he visto, que te harán creer las que aqui he contado, cuya verdad ni admite réplica ni disputa.

CAPITULO XXIV.

Donde se cuentan mil zarandajas tan impertinentes como necesarias al verdadero entendimiento desta grande historia.

Dice el que tradujo esta grande historia del original de la que escribió su primer autor Cide Hamete Benengeli, que llegando al capítulo de la aventura de la cueva de Montesinos en el márgen dél estaban escritas de mano del mismo Hamete estas mismas razones :

« No me puedo dar á entender ni me puedo persuadir que al valeroso D. Quijote le pasase puntualmente todo lo que en el antecedente capítulo queda escrito. La razon es, que todas las aventuras hasta aqui sucedidas han sido contingibles y verisímiles; pero esta desta cueva no le hallo entrada alguna para tenerla por verdadera por ir tan fuera de los términos razonables. Pues pensar yo que Don Quijote mintiese, siendo el mas verdadero hidalgo y el mas noble caballero de sus tiempos, no es po-

sible; que no dijera él una mentira si le asae-
tearan. Por otra parte considero que él la contó y la dijo con todas las circunstancias dichas, y que no pudo fabricar en tan breve espacio tan gran máquina de disparates; y si esta aventura parece apócrifa, yo no tengo la culpa, y así sin afirmarla por falsa ó verdadera, la escribo. Tú, lector, pues eres prudente, juzga lo que te pareciere, que yo no debo, ni puedo mas, puesto que se tiene por cierto que al tiempo de su fin y muerte dicen que se retrató della, y dijo que él la habia inventado por parecerle que convenia y cuadraba bien con las aventuras que habia leído en sus historias. »
Y luego presigne, diciendo :

« Espantóse el primo así del atrevimiento de Sancho Panza como de la paciencia de su amo, y juzgó que del contento que tenia de haber visto á su señora Dulcinea del Toboso, aunque encantada, le nacia aquella condicion blanda que entónces mostraba; porque si así no fuera, palabras y razones le dijo Sancho que merecian molerle á palos; porque realmente le pareció que habia andado atrevidillo con su señor, á quien le dijo : yo, señor D. Quijote de la Mancha, doy por bien empleadísima la jornada que con vuesa merced he